

No podía vivir allí unos días antes, por lo mucho que la agobiaba la tristeza, y ahora comprendía que ya no podía vivir sino allí, donde sus sombrías costumbres se habían arraigado.

Por fin, una tarde, al volver al hotel, se encontró con una carta y doscientos francos. Rosalía decía:

«Señora Juana, volved en seguida, porque ya no os enviaré dinero. En cuanto á M. Pablo, yo iré á buscarle cuando sepamos de él.

»Os saludo. Vuestra servidora

»ROSALÍA.»

Y Juana regresó á Batteville una mañana en que nevaba y hacía mucho frío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
XIV BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" — 232  
Apto. 1655 NORHOLMEY, MEXICO

En adelante no salió, no se movió. Levantábase todos los días á la misma hora, miraba el tiempo que hacía, y bajaba á la sala á sentarse delante del fuego.

Allí se pasaba los días enteros, fijos los ojos en la llama, dejando vagar á la ventura sus lamentables pensamientos y siguiendo el triste desfile de sus desgracias. Las tinieblas invadían poco á poco la habitación, sin ella que hubiera hecho otro movimiento que echar leña al hogar. Entonces la criada traía una lámpara, y decía:

—Vamos, señora Juana, tenéis que moveros, ó no tendréis apetito esta noche.



Perseguíanla á menudo ideas fijas que la dominaban, y atormentada por preocupaciones insignificantes, las cosas más pequeñas adquirían gran importancia en su cabeza enferma.

Revivía, sobre todo en el pasado, en el pasado distante, pensando en los primeros tiempos de su vida y en su viaje de novia á Córcega. Paisajes de esta isla, olvidados hacía mucho tiempo, surgían de pronto ante ella en los tizones de la chimenea, y recordaba todos los detalles, todos los sucesos pequeños, todas las figuras que allí había visto; perseguíala la cabeza de Juan Ravoli, el guía; á veces creía escuchar su voz.

Luego pensaba en los tranquilos años de la infancia de Pablo, cuando la obligaba á preparar ensaladas, y se arrodillaba ella en la tierra blanda al lado de tía Lison, rivalizando ambas en cuidados para agradar al niño, luchando por ver quién las obtendría mejores.

Y en voz baja murmuraban sus labios: «¡Pollito, Pollito mío!» como si estuviera hablándole, y deteniéndose en esta palabra, trataba de verle durante horas y horas, de escribir en el vacío con el dedo extendido las letras que componían

este nombre. Trazábalas lentamente, ante el fuego, haciéndose la ilusión de que las veía, y al ver que no era así, volvía á empezar la *P* con su brazo, que temblaba de cansancio, esforzándose por concluir de dibujar el nombre; cuando lo había conseguido, lo empezaba nuevamente, hasta que no podía más, lo mezclaba, lo confundía todo, modelaba otras palabras desesperándose hasta la locura.

Dominábanla todas las manías de los solitarios. Cualquier cosa cambiada de sitio la exaltaba. Muchas veces Rosalía la obligaba á andar, llevándola hasta la carretera; pero al cabo de veinte minutos, decía:

—No puedo más, hija mía.

Y se sentaba á orillas del camino.

A poco, el moverse se la hizo odioso, y permanecía en la cama el mayor tiempo posible.

Una sola costumbre la había quedado de su infancia: levantarse inmediatamente después de haber bebido su café con leche. Gustábala de una manera exagerada, y de todo se hubiera privado antes que de esto. Todas las mañanas esperaba á Rosalía con impaciencia un tanto sensual; y en cuanto ésta dejaba sobre la mesa



de noche la taza llena, sentábase y la vaciaba vivamente, con apariencias de golosa.

Pero poco á poco fué acostumbrándose á quedarse sentada algunos momentos después de haber dejado la taza vacía sobre el plato; luego se tendió de nuevo en la cama; después prolongó de día en día esta pereza, hasta que entraba furiosa Rosalía y la vestía casi á la tuerza.

A pesar de esto, Juana no tenía más que una apariencia de voluntad, y siempre que su criada la pedía un consejo, la proponía una cuestión, inquiría su parecer, la respondía invariablemente:

—Haz lo que quieras, hija mía.

Creíase tan directamente perseguida por una tenaz mala suerte, que llegó á ser fatalista como un oriental; y la costumbre de ver cómo sus sueños se desvanecían y sus esperanzas se disipaban, hacía que no se atreviese á emprender nada, y vacilase días y días antes de realizar la cosa más sencilla, porque estaba en la persuasión de que siempre había de tomar por mal camino, y que todo se la había de poner mal.

A cada momento repetía:

—Yo no he tenido suerte en mi vida.

Y al oírla Rosalía, exclamaba:

—¿Pues qué diríais si tuvieseis que trabajar para comer, si os vieseis obligada á levantaros todos los días á las seis de la mañana para ir al trabajo? Hay, sin embargo, muchos que se ven obligados á hacer esto, y cuando llegan á viejos, se mueren de miseria.

Juana contestaba:

—Pero piensa que estoy sola, abandonada por mi hijo.

La criada se enfurecía:

—¡Vaya una cosal! ¿Y qué es eso? ¿Y los jóvenes que son soldados? ¿Y los que emigran á América?

América representaba para ella un país vago adonde va la gente á hacer fortuna, y del cual no se vuelve.

Y continuaba:

—Siempre hay un momento en que debemos separarnos unos de otros, porque los jóvenes y los viejos no están hechos para vivir juntos.— Y añadía con dureza:—Vamos á ver, ¿qué diríais si se hubiera muerto?

A esto no respondía nada Juana.



Cobró algunas fuerzas cuando el aire entibió en los primeros días de primavera; pero no empleaba esta vuelta de la actividad sino para sumirse más y más en sus sombríos pensamientos.

Una mañana en que subió al desván para buscar algo que necesitaba, encontró allí una caja llena de calendarios antiguos, que se habían guardado, siguiendo en esto una costumbre de los campesinos. La pareció que volvía á encontrar los años mismos de su pasado, y ante aquel montón de cartones cuadrados permaneció sobrecogida por una emoción confusa y extraña.

Los cogió y se los llevó á la sala de abajo. Entre ellos los había de todas dimensiones, grandes y pequeños. Ocupóse en alinearlos por fechas sobre la mesa; y así encontró el primero, el que ella había llevado al castillo. Durante largo rato le miró, con los días tachados por su mano la mañana de su marcha á Rouen, al día siguiente de su salida del convento. Y lloró, lloró lágrimas lentas y sombrías, lágrimas de anciana enfrente de su vida miserable, expuesta ante ella sobre aquella mesa.

Y se la ocurrió una idea, que pronto fué para

ella una obsesión terrible, incesante, encarnizada. Quería recordar, casi día por día, cuanto había hecho.

Sujetó á las paredes, uno al lado de otro, aquellos cartones amarillos, y se pasaba las horas enteras enfrente de ellos, preguntándose:

—¿Qué me pasó á mí este mes?

Había señalado con trazos las fechas memorables de su historia, y ocurríala á veces que llegaba á reconstruir uno entero, agrupando, relacionando uno con otro, los pequeños hechos que habían precedido ó seguido á tal ó cual acontecimiento.

A fuerza de atención obstinada, de esfuerzos de memoria, de voluntad concentrada, llegó á restablecer casi por completo sus dos primeros años en el castillo; porque los distintos recuerdos de su vida volvían á ella con singular facilidad y con una especie de relieve.

Pero los años siguientes se perdían, al parecer, en una niebla, se confundían uno con otro; á veces permanecía por tiempo indefinido con la cabeza inclinada sobre un calendario, el alma atenta hacia el pasado, sin llegar á acordarse de



si en aquel cartón era donde podía hallar tal recuerdo.

Iba de uno en otro alrededor de la sala, que rodeaban como los grabados de un *Via Crucis*, aquellos cuadros de los pasados días. Brusca-mente detenía su silla delante de uno de ellos y permanecía inmóvil hasta la noche mirándole, sumida en sus recuerdos.

Luego, de pronto, cuando todas las cosas se despertaron al calor del sol, cuando las cosechas se pusieron á crecer en los campos, los árboles á reverdecer, cuando los manzanos se desvanecieron como bolas rosadas y perfumaron la llanura, sobrecogióle una gran agitación.

No podía estarse quieta; iba y venía, salía y entraba veinte veces al día, y á veces vagaba á lo largo de las granjas, exaltándose en una especie de dolor febril.

La vista de una margarita enterrada en un matorral, de un rayo de sol deslizándose entre las hojas, de un charco en una cuneta, en el cual se miraba el cielo azul, la conmovían, la enternecían, la trastornaban, volviendo á darla sensaciones lejanas, como el eco de sus emociones juveniles, cuando iba soñando por el campo.

Esperando el porvenir, había entonces sentido las mismas sacudidas; había saboreado aquella dulzura y aquella perturbadora embriaguez de los días tibios. Ahora que el porvenir estaba cerrado para ella, volvía á sentir lo mismo. Gozaba el sentido, pero al propio tiempo sufría también, como si al penetrar en su piel seca, en su sangre ya fría, en su alma agobiada, la eterna alegría del mundo no pudiese darla más que un encanto debilitado y doloroso.

Creía también que alrededor de ella, todo había cambiado un poco. El sol debía de ser menos ardoroso que cuando ella era joven; el cielo, menos azul; la hierba algo menos verde, y las flores, más pálidas y menos olorosas, no embalsamaban ya tanto.

En ciertos días, sin embargo, invadía tal bienestar de vida, que se ponía á pensar, á esperar; porque ¿es posible no esperar alguna cosa, no obstante el rigor encarnizado de la suerte, cuando hace buen tiempo?

Andaba y andaba durante horas y horas, como fustigada por la excitación de su alma. A veces se detenía súbitamente, y se sentaba á orillas del camino para pensar en cosas tristes.



¿Por qué no la habían amado como á otras?  
¿Por qué no había ella conocido las sencillas  
felicidades de una vida tranquila?

Otras veces también se olvidaba de que era una vieja; de que ya no tenía por delante más que unos cuantos años lúgubres y solitarios; de que ya había andado todo su camino; y lo mismo que cuando tenía dieciséis años, trazaba planes y proyectos agradables á su corazón. Luego, la dura sensación de lo real caía sobre ella; volvía á levantarse agobiada como bajo la caída de un peso que la hubiera roto las carnes, y volvía á emprender más lentamente el camino de la casa, murmurando:

—¡Oh, vieja loca! ¡Vieja loca!

A la sazón, Rosalía la decía á todas horas:

—¡Pero tranquilizáos, señora! ¿Qué os pasa para que os conmováis de ese modo?

Y Juana respondía tristemente:

—¡Qué quieres! Estoy como *Matanza* en sus últimos días.

Una mañana la criada entró más pronto que de costumbre en su habitación, y dejando sobre la mesa de noche la taza de café con leche, la dijo:

—Vamos, bebed aprisa. Ahí está esperándonos Dionisio. Vamos á los *Pueblos*, porque tenemos que hacer allí.

Conmovióse tanto Juana, que creyó que iba á desvanecerse, y se vistió temblando, aturdida, desfalleciéndose al pensar que iba á ver de nuevo su querida morada.

Un cielo radiante se extendía sobre la tierra, y el caballejo, presa de loca alegría, iba á veces al galope. Cuando entraron en la aldea de Etouvent, sintió Juana que respiraba con trabajo, por las palpitations repetidas de su pecho; y cuando distinguió los pilares de ladrillo de la empalizada, dijo en voz baja dos ó tres veces, y á pesar suyo:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—como ante las cosas que sacuden el corazón.

Desengancharon el carro en casa de los Couillard, y mientras Rosalía y su hijo iban á sus negocios, los de la granja invitaron á Juana á que diese una vuelta por el castillo, cuyos dueños estaban ausentes, y la entregaron las llaves.

Salió sola, y cuando se vió delante de la vieja mansión, por la parte del mar, detúvose para mirarla. En el exterior nada había cambiado.



El vasto edificio de color gris recibía entonces sonrisas del sol sobre sus muros descoloridos. Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas.

Un tallo de rama seca la cayó en el vestido y la hizo alzar los ojos. Era del plátano. Acercóse al tronco, de corteza lisa y pálida, y le acarició con la mano, como podía haberlo hecho con un animal. Tropezó en la huerta contra un pedazo de madera podrida: era el último fragmento del banco en que tantas veces se había sentado con todos los suyos, el banco en que había recibido la primer visita de Julián.

Ganó entonces la doble puerta del vestíbulo, y la costó mucho trabajo abrirla, porque la pesada llave, enmohecida, se resistía á girar. Acabó por ceder la cerradura, con gran rechinar de resortes, y la puerta, resistente asimismo, cedió bajo un empujón.

Inmediatamente y casi corriendo subió Juana hasta su cuarto; estaba empapelado de claro, y no le reconoció; pero después de abrir una ventana se sintió conmovida en lo más profundo de su ser ante todo aquel horizonte tan querido, el bosquecillo, los olmos, la landa y el

mar, sembrado de velas oscuras que parecían inmóviles á lo lejos.

Púsose á rondar por el vacío caserón, mirando en las paredes manchas que eran familiares á sus ojos.

Detúvose ante un pequeño agujero abierto en la pared por el barón, que muchas veces se divertía, cuando era joven, en tirar las armas contra el tabique, cuando pasaba por aquel sitio.

Clavado detrás de una puerta se encontró en el cuarto de mamaíta, en un rincón sombrío, cerca del lecho, un fino alfiler de cabeza de oro, que ella había clavado allí (ahora lo recordaba), y que después buscó durante muchos años. Nadie le había visto. Le cogió como si fuera una reliquia inapreciable, y le besó.

Iba por todas partes, buscaba, reconocía huellas casi invisibles en las cortinas de la habitación, que no se habían cambiado; volvía á ver aquellas raras figuras que muchas veces da la imaginación á los dibujos de las telas, de los mármoles, á las sombras del techo, manchado por el tiempo. Y sola en el inmenso castillo silencioso, lo reconocía á pasos cortos, como si



estuviera en un cementerio. Allí yacía toda su existencia.

Bajó al salón. Estaba sombrío, con sus ventanas cerradas, y tardó algún tiempo en distinguir nada de lo que había en él; luego, cuando su mirada se acostumbró á la oscuridad, reconoció poco á poco los altos tapices por los cuales se paseaban algunos pájaros. Como si acabasen de dejarlos en aquel momento, dos sillones habían quedado delante de la chimenea, y el olor mismo del cuarto, un olor que ella había conservado siempre, como cada persona tiene el suyo, un olor vago, apenas sensible, dulce perfume indeciso de las habitaciones antiguas, embriagaba su memoria. Permanecía jadeante, aspirando aquel hálito del pasado, y con los ojos fijos en los dos sillones. Y de repente, en una brusca alucinación, engendrada por una idea fija, creyó ver, vió, como tan á menudo los había visto, á su padre y á su madre, calentándose los pies al fuego.

Retrocedió espantada, tropezó con el quicio de la puerta, agarróse á él para no caer, con los ojos fijos siempre en las dos butacas.

La visión había desaparecido.

Quedóse durante unos cuantos minutos como aturdida; luego fué tomando poco á poco posesión de sí misma, y temiendo volverse loca, quiso huir. Su mirada cayó casualmente sobre el quicio, en el que se apoyaba, y vió la escala de Pollito.

Las leves indicaciones trepaban con intervalos desiguales sobre la pintura; y unas cifras, trazadas con el cortaplumas, indicaban las edades; los meses y el crecimiento de su hijo. Unas veces era la letra del barón, más grande; otras, la suya, más pequeña; otras la de tía Lison, algo temblona. Y se la figuró que el niño de aquel tiempo estaba allí, delante de ella, con sus cabellos rubios, apoyando su cabecita contra la pared para que le midiesen.

El barón gritaba:

—Juana, ha crecido un centímetro en estas seis semanas!

Y se puso á besar frenéticamente el marco de la puerta.

Pero alguien la llamaba desde fuera. Era la voz de Rosalía:

—Señora Juana, señora Juana, os esperamos para almorzar.



Salió medio desvanecida, sin comprender nada de cuanto la decían. Comió lo que la sirvieron; escuchó sin calor lo que la hablaban; habló inconscientemente con los colonos que la preguntaban por su salud; se dejó besar, besó ella en las mejilla que la tendían, y volvió á subir al carruaje.

Cuando, á través de los árboles, perdió de vista la alta techumbre del castillo, sintió que algo se rompía en su pecho. Comprendía que acababa de dar el último adiós á su morada.

Volvieron á Batteville.

En el momento en que iba á entrar en su nueva casa vió una cosa blanca en el suelo, debajo de la puerta: era una carta que el cartero había dejado allí en su ausencia. Reconoció la letra de Pablo, y la abrió, trémula de angustia. Decía así:

«Querida mamá: No te he escrito antes porque no quería que hicieras á París un viaje inútil, pues yo tenía que ir á verte. Me encuentro bajo el peso de una gran desgracia, y en una situación difícilísima. Hace seis días que, después de haber dado á luz una niña, está moribunda mi mujer, y no tengo un cuarto. No sé qué hacer de mi hija, á quien la portera cría

como puede, con biberón, pero temo perderla. ¿No podrías tú encargarte de ella? No sé absolutamente qué hacer, y no tengo dinero para ponerla en ama. Contesta á vuelta de correo.

Tu hijo, que te quiere,

PABLO.»

Juana se dejó caer sobre una silla, falta de fuerzas hasta para llamar á Rosalía. Cuando ésta llegó, volvieron á leer, juntas, la carta, y, leída, se quedaron silenciosas, durante largo rato, una enfrente de otra.

Rosalía fué la primera en hablar.

—Yo me iré á buscar á la niña, señora. No podemos dejarla así.

—Ve, hija mía, respondió Juana.

Se callaron. La criada continuó:

—Ponéos vuestro sombrero, señora, y vámonos á Goderville á ver al Notario. Si la otra se muere, es necesario que M. Pablo se case con ella, por la niña, para cuando sea mayor.

Y Juana, sin contestar, se puso su sombrero. Una alegría profunda, inexpresable, inundaba



su corazón; una alegría pérfida que quería ocultar á toda costa, una de esas alegrías abominables de que nos avergonzamos, pero de las cuales gozamos ardientemente en el secreto misterioso del alma: ¡La querida de su hijo se moría!

El Notario dió á la criada indicaciones detalladas, que ella se hizo repetir varias veces; segura al fin de que no cometería ninguna equivocación, dijo:

—No temáis nada; yo me encargo de todo.

Aquella noche salió con dirección á París.

Juana pasó dos días en un trastorno de pensamiento que la imposibilitaba de pensar en nada. La tercera mañana recibió una sola palabra de Rosalía, que anunciaba su regreso en el tren de la noche. Nada más.

A eso de las tres hizo enganchar el coche de un vecino, que la trasladó á la estación de Beuzeville para esperar á su criada.

En pie estaba sobre el andén, la vista fija sobre la línea recta de los rails, que huían uniéndose allá abajo, abajo, en la extremidad del horizonte. De cuando en cuando miraba al reloj. ¡Todavía diez minutos! ¡Cinco... dos!... ¡La hora! Nada se veía en el distante camino! Por fin, de

pronto, vió una mancha blanca, una humareda, y luego, debajo, un punto negro que creció, creció, caminando á toda velocidad. La abultada máquina acortó su andar, pasó rugiendo delante de Juana, que ávidamente acechaba las portezuelas. Algunas se abrieron; por ellas bajaba la gente: aldeanos de blusa, mujeres con cestos, chicuelos. Por fin vió á Rosalía, que traía en sus brazos una especie de paquete de lienzo.

Quiso ir hacia ella, pero la temblaban tanto las piernas, que temió caerse. Su criada la había visto, y se la reunió con su tranquilidad acostumbrada, diciéndola:

—Buenos días, señora; ya estoy aquí, ¡y no me ha costado poco!

Juana balbuceó:

—¿Qué hay?

Rosalía contestó:

—Pues nada; que se ha muerto esta noche. Se han casado; aquí está la pequeña.

Y alargó la niña, á quien no se veía por lo envuelta que estaba en los pañales.

Juana la cogió maquinalmente, y salieron de la estación, subiendo después al coche.

Rosalía continuó:



—M. Pablo vendrá después del entierro. Mañana á estas horas, puede.

Juana murmuró:

—¡Pablo!...

Y no dijo más.

Bajaba el sol hacia el horizonte, inundando de claridad las llanuras verdosas, manchadas de trecho en trecho por el oro de las colzas en flor y la sangre de las amapolas. Una quietud infinita se cernía sobre la tierra tranquila, en que la savia germinaba. El coche iba á buen paso; el cochero hacía chascar su látigo para animar al caballo.

Y Juana miraba, delante de sí, en el aire, en el cielo, por el cual de las golondrinas pasaban á modo de cohetes. Y de pronto, una dulce tibieza, un calor de vida que atravesaba sus vestidos, llegó á sus piernas, penetró en su carne; era el calor de la criatura que se había dormido en sus rodillas.

Entonces, súbita emoción la invadió. Descubrió bruscamente la cara de la niña, á quien no había mirado todavía: la hija de su hijo. Y como la pobre criatura, herida por la luz, abriese sus ojos azules, moviendo la boca, Juana se

puso á abrazarla como una loca, levantándola en sus brazos, acribillándola á besos.

Pero Rosalía, contenta y satisfecha, la detuvo.

—Vamos, vamos, señora Juana, acabad; vais á hacerla llorar.

Y luego añadió, respondiendo así, sin duda, á su propio pensamiento:

—Ya veis; la vida no es nunca tan buena ni tan mala como se nos figura.

FIN



